

CÓMO SE CONCIBE LA VIDA DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO EN LA  
SOCIEDAD MODERNA LÍQUIDA

Gerson Olith Solarte Ordoñez



UNIVERSIDAD  
DEL CAUCA

Universidad del Cauca  
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales  
Programa de Filosofía  
Popayán, 2023

CÓMO SE CONCIBE LA VIDA DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO EN LA  
SOCIEDAD MODERNA LÍQUIDA

Gerson Olith Solarte Ordoñez

Trabajo de grado en modalidad ensayo para optar al título de filósofo



UNIVERSIDAD  
DEL CAUCA

Director: Pedro José Silva Valencia

Universidad del Cauca  
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales  
Programa de Filosofía  
Popayán, 2023

## **TABLA DE CONTENIDO**

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>4</b>
<b>I. LA TRANSFORMACION SOCIAL EN LA LLAMADA “MODERNIDAD”</b>	<b>8</b>
1.1 El nacimiento de la Modernidad	8
1.2 El camino a la Modernidad Contemporánea	10
<b>II. EL HOMBRE CONTEMPORANEO INMERSO EN LA SOCIEDAD LÍQUIDA</b>	<b>15</b>
2.1 El flujo y la movilidad del capital material	15
2.2 La individualización del hombre dentro del mundo social	18
2.3 Del consumo al consumismo del hombre contemporáneo.	22
2.4 El trabajo como eje del consumismo del hombre de consumo	28
<b>III. CONCLUSIONES Y REFLEXIONES</b>	<b>35</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>39</b>

## INTRODUCCIÓN

Es posible afirmar que las instituciones sociales contemporáneas, son una figura de constantes cambios que van ligadas a factores educativos, culturales y económicos en los que, por dinámicas propias del contexto, el hombre se desenvuelve. Dichas instituciones, a lo largo de los años han vivido extensos y poderosos cambios jalonados por la industrialización, los avances tecnológicos, los medios de comunicación masiva y el consumismo.

La sociedad que ingresa al siglo XXI no es menos "moderna" que la que ingresó al siglo XX; a lo sumo, se puede decir que es moderna de manera diferente. Lo que la hace tan moderna como la de un siglo atrás, es lo que diferencia a la modernidad de cualquier otra forma histórica de cohabitación humana (...) todo en aras de una mayor capacidad de hacer más de lo mismo en el futuro - aumentar la productividad o la competitividad- (Bauman Z. , Modernidad Líquida, 2004, p. 33).

De tal manera, la sociedad es un escenario donde el hombre se ha venido transformando en función de las necesidades que exige un mundo mercantilizado, en el que prima la idea que la obtención de felicidad se da por medio de la adquisición de bienes, productos materiales y altos recursos económicos. En otras palabras, la forma de ser, pensar, sentir y accionar de los hombres es altamente influenciada, por los sistemas lingüísticos y simbólicos que ofrece el mundo mediatizado, al punto que los pensamientos y su ejecución, son fuertemente permeadas por quienes constituyen el sistema social, político, económico y cultural.

En este sentido, la necesidad de adaptación del hombre al sistema social que lo rodea genera cierto tipo de egoísmo y competitividad, pues el pensamiento instrumental, los intereses tanto políticos como económicos y los parámetros establecidos por el mercado de consumo, en los que la sociedad se encuentra inmersa, han sobrepasado los lazos o vínculos sociales propios del ser humano, delimitando y limitando el actuar de cada sujeto, al punto de fortalecer el

desconocimiento de la vida, a pesar del sentido propio de la misma, dejando de lado cualquier tipo de lazo fraternal que pudiera surgir al interior de las comunidades en las que se desenvuelve el hombre. “La creciente burocratización de la empresa y del Estado moderno puede ser descrita con una imagen weberiana: una jaula de acero que encierra al ciudadano e impide su intervención libre en su trabajo profesional y su actividad social” (Flamarique, 2010, p. 61). Transformando el pensamiento humanista en uno fuertemente permeado por las políticas del mercado.

Así mismo, el devenir de la sociedad contemporánea ha interiorizado en el hombre los cambios impuestos por el desarrollo tecnológico, por las organizaciones comerciales y por los medios de comunicación masiva; los cuales ofrecen una enorme cantidad de objetos de deseo y de entornos intersubjetivos, que no solo ejercen gran influencia tanto epistémica como material en ambientes grupales e individuales, sino que también configuran la idea de que el aliciente más grande y el medio más apropiado para estar inmersos en la sociedad actual, está presente en la lógica del consumismo, puesto que si se logra demostrar a los demás que se es capaz de conseguir algún bien material o de tener la capacidad para adquirirlo, se obtiene cierto tipo de estatus social. Obteniendo así, un pensamiento en masa con un ideal generalizado que impulsa a consumir la mayor cantidad de bienes materiales dentro de la sociedad.

Ahora bien, la “Modernidad” es un estado de cambio y transformación constante que vincula los ámbitos políticos, económicos y culturales de la sociedad y por ende del hombre como parte de esta.

Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. (...) se puede decir que la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad

paradójica: la unidad de la desunión: nos arroja a todos a una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia (Berman, 1989, p. 1).

Es decir que, la Modernidad ha venido transformando el pensamiento crítico y reflexivo por una lógica de consumo sin cuestionamiento alguno, donde el hombre ha dejado de ser autónomo, crítico y propositivo para convertirse en un sujeto dependiente de las dinámicas propias del mundo globalizado y lograr así satisfacer sus necesidades de consumo momentáneas; desencadenando una vorágine de sentimientos que no permiten generar un arraigo propio al lugar de enunciación en el que se desenvuelve el sujeto, formando así una dicotomía entre distintos argumentos y puntos de vista relacionados con la sociedad contemporánea.

En este orden de ideas, con el objetivo de comprender una perspectiva de la situación actual de la sociedad y sus problemáticas, se pretende realizar un acercamiento filosófico y reflexivo que ayude a dar respuesta a la pregunta sobre ¿Cómo se concibe la vida del hombre contemporáneo en la sociedad Moderna Líquida?, abordando los aspectos más relevantes de la Modernidad, su conformación, su instrumentalización y la influencia que tiene sobre el hombre actual. Para este propósito, en primer lugar, se abordan los aportes teóricos de Marshall Berman, quien contextualiza y da una definición precisa en torno al concepto de “*Modernidad*”, el surgimiento y la transformación que ha tenido ésta a lo largo de los años y como el avance en industrialización, globalización y tecnología han permeado en las dinámicas propias del hombre y su entorno social.

Así mismo, se retoman los postulados del filósofo y sociólogo contemporáneo Zygmunt Bauman quien en sus diferentes teorías, tesis y aproximaciones habla sobre la vida, la Modernidad, los comportamientos, los vínculos humanos y la sociedad en general, desde los

conceptos de “*Modernidad Líquida*” y “*Vida Líquida*”, haciendo referencia a la “*liquidez*” como la representación del constante cambio en las dinámicas sociales y su fuerte incidencia en el hombre, quien es tomado como un instrumento del sistema capitalista, donde prevalece el interés económico sobre las reglas o leyes sociales.

De tal manera que, el presente ejercicio discursivo pretende explorar la transformación del pensamiento reflexivo y propositivo de la sociedad contemporánea a causa de los cambios políticos, económicos, industriales y mercantiles que se han implementado en función del consumismo y el capitalismo. Ya que, realizar dicha aproximación permitirá no solo evidenciar el redireccionamiento del modelo social, sino también la transformación en los comportamientos y pensamientos del hombre, los cuales se encuentran fuertemente permeados por la mediatización y la mercantilización, que se reproducen automáticamente en las dinámicas propias del sujeto y las conductas ligadas a la globalización, condicionando la vida del hombre y generando afectación directa en sus vínculos y relaciones humanas.

## **I. LA TRANSFORMACION SOCIAL EN LA LLAMADA “MODERNIDAD”**

Las grandes y profundas transformaciones a nivel industrial, tecnológico, económico y político, que se han producido en la sociedad desde mediados de siglo XV y hasta la actualidad, han afectado y reconfigurado significativamente los ámbitos en los que se desenvuelve el hombre, pues la sociedad contemporánea, actualmente está fuertemente permeada por el flujo de capital, la economía globalizada, el desarrollo tecnológico e industrial y un aumento del consumo material. De ahí que, hablar de Modernidad es abordar un devenir histórico que permite no solo focalizar los cambios en el modelo de “hombre moderno”, sino también evidenciar la división que se produce entre la evolución social del sujeto, su posición crítica y reflexiva ante los acontecimientos de la sociedad, con el pensamiento estructurado y mecánico que se establece en la actualidad contemporánea.

Es así, que para entender como la Modernidad ha entrelazado los ámbitos sociales, culturales, políticos y económicos del hombre con las dinámicas de consumo, industrialización, mercantilización y tecnología, se hace necesario hacer una breve contextualización de los momentos que acuñan el concepto de Modernidad en la vida de la sociedad y así poder examinar más detenidamente las características y los fundamentos que han provocado cambios trascendentales hasta la actualidad.

### **1.1 El nacimiento de la Modernidad**

El inicio de la Modernidad se ubica, principalmente en Europa, entre los siglos XVI y XVIII, donde las grandes exploraciones por el mundo, el nacimiento del capitalismo, la globalización de la economía y los cambios políticos de la época, así como el descubrimiento, la conquista y posterior colonización del continente americano, hicieron que la sociedad se sumiera en un sinnúmero de dudas, surgieran sensaciones de miedo e incertidumbre y



pensamientos débiles ante las nuevas formas de progreso que se manifestaban con los cambios estructurales.

Las personas comienzan a experimentar la vida moderna; apenas si saben con qué han tropezado. Buscan desesperadamente, por medio a ciegas, un vocabulario adecuado; tienen poca o nula sensación de pertenecer a un público o una comunidad moderna, en el seno de la cual pudieran compartir sus esfuerzos y esperanzas (Berman, 1989, p. 2).

Es así como el choque producido por la globalización, el desarrollo y el crecimiento económico generó en la sociedad de la época, cierta transformación tanto en el pensamiento como en el comportamiento de los hombres, al punto de dar paso a nuevas formas de “sensibilidad moderna”, donde la enunciación termina por fomentar ideas arraigadas en el desarrollo de la sociedad, sobrepasando los principios morales, desconociendo la influencia del entorno y propiciando la negación de los vínculos humanos.

Así mismo, otro momento histórico que aporta al concepto de Modernidad se sitúa en Europa y se prolifera por el mundo con la revolución francesa, pues las innovaciones en maquinaria, los avances tecnológicos y la expansión urbana de la época. “El nuevo paisaje sumamente desarrollado, diferenciado y dinámico (...) un paisaje de máquinas de vapor, fábricas automáticas, vías férreas, nuevas y vastas zonas industriales; de ciudades rebosantes que han crecido de la noche a la mañana” (Berman, 1989, p. 3). Dieron lugar a otro tipo de prácticas laborales que trajeron consigo profundas y numerosas transformaciones, empezando a reconocer al hombre como sujeto productor de bienes materiales en función de la industria globalizadora atravesando ámbitos, políticos, económicos, sociales, religiosos y culturales, llegando a trastocar valores y principios tanto éticos como morales de los sujetos ahora mercantilizados.

De tal manera que, comienza a surgir una sociedad donde sus instituciones están basadas en la estabilidad económica, el desarrollo tecnológico y la organización política, la cual promete facilitar la vida del hombre, mediante el aparente bienestar que genera la riqueza y el poder adquisitivo. Esta reorganización del mundo dio paso a un nuevo orden social en el que se desliga progresivamente los vínculos de la razón.

Con especial fuerza se hace visible la modernidad social y cultural de los países industrializados. Max Weber entiende el proceso histórico de modernización como un proceso de racionalización, que ya no promete una sociedad utópica, sino que aprisiona progresivamente al hombre en un sistema deshumanizado (Flamarique, 2010, p. 60).

En otras palabras, los nuevos valores, paradigmas y lineamientos originados con la Modernidad, dieron paso a una individualidad absoluta que recae sobre la voluntad de las leyes establecidas, traspasando los límites del respeto del hombre por el hombre y por la vida misma, delimitando y diferenciando a los sujetos según su poder adquisitivo, estableciendo un orden social, creando unas políticas implícitas de clasificación y forjado un desequilibrio en el andamiaje social. “La industrialización de la producción, que transforma el conocimiento científico en tecnología, crea nuevos entornos humanos y destruye los antiguos, acelera el ritmo general de la vida, genera nuevas formas de poder colectivo y de lucha de clases” (Berman, 1989, p. 2). Que terminan por afectar negativamente de manera directa los vínculos, evidenciando así una confrontación dialéctica en la sociedad.

## **1.2 El camino a la Modernidad Contemporánea**

Durante los siglos XX y XXI las profundas transformaciones en diversos escenarios de la sociedad, tales como la educación, la cultura, la economía, la industrialización, la tecnología, entre otros, han generado una modificación en el comportamiento del sujeto, puesto que las nuevas dinámicas de producción y comercialización, sumergieron al hombre en un modelo de

mundo que está atravesado por el capital y el movimiento mercantil, los cuales han conducido a la sociedad a enfrentar nuevos desafíos bajo la premisa de que dichos cambios son sinónimos de desarrollo. “el mundo está siendo rediseñado a partir de los descubrimientos científicos y de su imparable aplicación a todos los ámbitos de la vida social y a la esfera privada de la existencia” (Flamarique, 2010, p. 60). Lo cual va transmutando los valores y las costumbres de los sujetos, quienes se han vuelto incapaces de reconocer el sentido de la vida, evidenciando una ruptura en los vínculos humanos para convertirse en instrumentos de intercambio dentro de una sociedad productora de consumo a gran escala.

Al mismo tiempo, la Modernidad como manifestación propia de la sociedad, provoca en los hombres una urdimbre de sentimientos, comportamientos y confusiones que se manifiestan como un síntoma de inestabilidad o como una total instrumentalización del pensamiento, pues cada cuestionamiento o idea contraria a la concepción actual de vida se ve relegada o reducida al logro por satisfacer necesidades o deseos materiales bajo la idea de progreso.

No solo las luchas sociales y de clase, sino también los conflictos y contradicciones psicológicas que han sido abolidos por el estado de << administración total >>, las masas no tienen << y o >> ni << ello >>, sus almas están vacías de tensión interior o dinamismo: sus ideas, necesidades y hasta sus sueños << no son suyos >>, su vida interior esta, << totalmente administrada >>, programada para producir exactamente aquellos deseos que el sistema social puede satisfacer, y nada más. Las personas se reconocen en sus mercancías; encuentran su alma en su automóvil, en su equipo de alta fidelidad, en su casa de varios niveles, en el equipamiento de su cocina (Berman, 1989, p. 16).

De esta manera, la Modernidad como resultado de los procesos sociales que se han desarrollado hasta la actualidad, han forjado un pensamiento individualista desde donde se plantea la vida de manera efímera y vacía, dejando de lado el pensamiento crítico y propositivo. “La modernidad es el tiempo en el que el tiempo tiene historia (...), antes fundidos en las labores vitales humanas, se han separado y distanciado en el pensamiento y la praxis humana” (Bauman Z. , Modernidad Líquida, 2004, p. 119). En otras palabras, el hombre ha tomado de manera natural un pensamiento conformista en el que sustenta sus acciones y comportamientos, convirtiéndose en un instrumento del mismo hombre o simplemente en un dispositivo del sistema global, en el cual prevalece la idea de “progreso” por encima de la vida humana.

A medida que el público moderno se expande, se rompe en una multitud de fragmentos (...) la idea de la Modernidad, concebida en numerosas formas fragmentarias, pierde buena parte de su vive/a. su resonancia y su profundidad, y pierde su capacidad de organizar y dar un significado a la vida de las personas (Berman, 1989, p. 3)

Por ende, dentro de la modernidad la vida humana se configura de manera casi aislada, el significado vital de “ser humano” se posterga y tanto las relaciones interpersonales como la cotidianidad del hombre, se ven fuertemente permeadas por los cambios y las situaciones propias de la contemporaneidad, donde la posibilidad de manifestar un pensamiento crítico y reflexivo en torno a los sucesos de la sociedad, a la manera de ver la vida o a la forma de asumir los cambios y avances tecnológicos, se presenta como una utopía en la que no tiene cabida un tipo de razonamiento humanista. Por esta razón y para que el mundo capitalista pueda funcionar de manera ininterrumpida en su propia lógica, el ser humano debe relacionarse en pro de la articulación del movimiento del mercado, del éxito de las operaciones monetarias y sumergirse en la dinámica de compra - venta dentro del círculo de valores e intereses financieros.

La historia social y política del mundo desarrollado no apuntaba únicamente al modelo del estado del bienestar; la promesa utópica de la liberación total se ha transformado demasiadas veces en la realidad del sometimiento más absoluto, tanto en el orden político como en el moral y socio - económico (Flamarique, 2010, p. 61)

Ahora bien, el devenir histórico de la transformación social gracias a la “Modernidad”, ha exigido actualmente una configuración de mundo distinta, un sistema que atraviesa el planeta entero, sin detenerse en los Estados Nación, pues el flujo de capital, los tratados de libre comercio, la fuerte influencia de los medios masivos de comunicación, la implementación de sistemas de gobierno radicales y la idealización del consumo desaforado, determinan al hombre como operario exitoso, un triunfador de las transacciones volátiles y un objeto de valor dentro del sistema económico, donde el mercado global es el único sistema que puede conducir a la libertad del ser humano y por ende a su felicidad. Castoriadis citado por (Bauman Z. , Modernidad Líquida, 2004) afirma que:

Lo que está mal en la sociedad en la que vivimos es que ha dejado de cuestionarse a sí misma. Se trata de un tipo de sociedad que ya no reconoce la alternativa de otra sociedad, y por lo tanto se considera absuelta del deber de examinar, demostrar, justificar (y más aún probar) la validez de sus presupuestos explícitos o implícitos (p.28)

En otras palabras, los efectos de una Modernidad excesiva en la contemporaneidad del siglo XXI, se presentan como un momento “líquido” en la sociedad que se encuentra inmersa en el capitalismo, pues la celeridad del desarrollo entorno al flujo de valores que imponen las leyes del mercado, los sistemas de intercambio y la manera de consumir, así como los cambios producidos por la vida urbana y el ritmo acelerado de las grandes ciudades, han producido no solo un desarraigo del territorio sino que también han hecho que emerjan un sinnúmero de valores, ideas y experiencias volátiles y momentáneas con relación al estilo de vida de los hombres en

la sociedad, transformando no solo el pensamiento mítico, ético y moral, sino también el ideal de un lugar fijo y productivo, situándolos no solo como sujetos sino también como objetos sociales, donde el lugar que ocupan en la sociedad se vuelve efímero, inestable y ligero.

La sociedad «moderna líquida» es aquella en que las condiciones de actuación de sus miembros cambian antes de que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y en unas rutinas determinadas (Bauman Z. , 2005, p. 5).

En síntesis, las transformaciones que ha tenido el mundo social contemporáneo a causa de la globalización, la mercantilización y el desarrollo tanto político como económico, ha modificado el pensamiento del hombre actual, al punto que, en épocas anteriores de la historia las costumbres tales como el matrimonio, las formas de trabajo manual, las tradiciones o arraigos culturales y el cuidado por la naturaleza pasaron de ser realidades “solidas” y duraderas, a ser un estado provisional y precario, donde los vínculos entre las elecciones individuales de las élites y las acciones colectivas del hombre, se rigen bajo un interés material y de consumo que establece un pensamiento más movable, variable e inseguro. Es así como la metáfora de “liquidez” en la sociedad, que plantea Bauman, permite comprender la naturaleza de la fase actual en la que se encuentra la Modernidad y como se configura el pensamiento social del hombre contemporáneo.

## **II. EL HOMBRE CONTEMPORANEO INMERSO EN LA SOCIEDAD**

### **LÍQUIDA**

El presente capítulo entreteje postulados teóricos con posturas reflexivas en relación a cómo se concibe la vida del hombre contemporáneo en la sociedad Líquida, dando cuenta de cómo la liquidez, la inmediatez y la volatilidad que se ha establecido como principio de supervivencia en la sociedad actual, a través del dominio, el sometimiento y el poder que ejerce el capitalismo y la globalización, no solo han afectado el planeta tierra y sus recursos naturales, sino que además han convertido al sujeto social en un ser individual y competitivo, ávido de consumo material, el cual se sumerge en su lógica, pero que termina por ser plenamente consumido por las dinámicas de mercantilización, industrialización y la tecnología, permeando en todos los ámbitos de la vida, transformándose en una pieza fundamental dentro de proceso productivo, con la débil creencia de que en estas formas de consumo encuentra la libertad y la felicidad humana.

#### **2.1 El flujo y la movilidad del capital material**

El mundo actual ha traspasado tanto las fronteras del humanismo como las del respeto por la naturaleza, ha dejado de lado el trabajo en comunidad en pro del bienestar y cuidado colectivo del planeta, por la individualización de los logros y la variación de los lazos fraternales que no pueden consolidarse en función de un bien intangible, pues el nivel de desprendimiento con la naturaleza es tal, que se encuentran desiertos donde antes existían paraísos de abundantes recursos naturales, el calentamiento global sobrepasa límites inimaginados y el cambio climático cada día es más evidente.

Ahora bien, las fuertes transformaciones que ha sufrido el planeta tierra inevitablemente están ligadas a la variación en el pensamiento que ha sufrido la sociedad hasta nuestros días,

pues las dinámicas propias del mundo en el que nos encontramos han hecho que el “poder” se concentre en grandes grupos económicos con distintas inversiones en múltiples lugares del planeta, pues a través de fondos monetarios que diversifican inversiones alrededor de actividades mercantiles, tratados de libre comercio, cupos de endeudamiento, sistemas económico que giran alrededor de agentes privados y un control por la oferta y la demanda, hacen del capitalismo un sistema de dominio en el que los estados nacionales ya no son fronteras que impiden de una u otra manera que las industrias logren lucrarse de los territorios.

Durante por lo menos doscientos años, los gerentes de las empresas capitalistas dominaron el mundo (...) y determinaron y circunscribieron el rango de alternativas que debían limitar la trayectoria de la vida humana. Así, esa visión del mundo, en conjunto con el propio mundo, modelado y remodelado a su imagen y semejanza, alimentaba y daba sustancia al discurso dominante. (Bauman Z. , 2004, p. 61)

De modo que, los estados nacionales dieron entrada al capital internacional, a maquinarias de explotación, sin regulaciones protectoras para los territorios, a clases gubernamentales que emplearon todo tipo de reglamentaciones, gravámenes y aranceles en favor del pensamiento individualista de las multinacionales, que a cambio le entregan millonarias coimas fiscales a un selecto grupo de personas, con el propósito de concentrar el dominio sociopolítico en un núcleo cerrado de “poder” a manos de élites internacionales, dejando empobrecido los territorios nacionales pero millonarios a sus gobernantes.

Al mismo tiempo, la capacidad que ha tenido la sociedad de moverse a lo largo de las economías que plantea la Modernidad, hace que las necesidades del hombre se vuelvan volátiles y efímeras, sin una forma definida, en la que la meta principal se enfoca en suplir las necesidades momentáneas que ofrece el capitalismo, haciendo caso omiso del agotamiento de los recursos naturales, la extinción de las especies, la pérdida de la memoria ancestral y la



tradicción cultural en general. Por consiguiente, la inestabilidad de las relaciones que se manifiestan en el modelo social contemporáneo impide que se tejan lazos de solidaridad, se desintegren vínculos tanto éticos como morales, y, los pensamientos reflexivos, en torno a la preservación y el cuidado del planeta, queden relegados, invisibilizados e incluso apartados del interés colectivo.

En consecuencia, el hombre social que hace parte de la Modernidad contemporánea se encuentra inmerso en un mundo que se rige por la desregularización, la flexibilización y la privatización no solo de los recursos naturales, sino también de la limitación y condicionamiento del pensamiento humano.

Todos los moldes que se rompieron fueron reemplazados por otros; la gente fue liberada de sus viejas celdas sólo para ser censurada y reprendida si no lograba situarse (...) en los nichos confeccionados por el nuevo orden: en las clases, los marcos que (...) encuadraban la totalidad de las condiciones y perspectivas vitales, y condicionaban el alcance de los proyectos y estrategias de vida. (Bauman Z. , 2004, p. 12)

De tal manera que, la urdimbre del mundo capitalista ha sumergido al hombre contemporáneo en dinámicas de consumo, quien encuentra una infinidad de mensajes y de posibilidades imaginarias de realización, dentro del mundo global líquido, a través de masivas formas de comunicación, de regularización en las relaciones comerciales y la propia lógica del mercado. “En la actualidad, el capital viaja liviano, con equipaje de mano, un simple portafolio, un teléfono celular y una computadora portátil. Puede hacer escala en casi cualquier parte, y en ninguna se demora más tiempo que el necesario” (Bauman Z. , 2004, p. 64). Es así como el bombardeo desmedido de propaganda relacionada al consumo, a la inmediatez del instante que se vive y el afán por suplir las necesidades momentáneas, convencen al hombre de encontrar la felicidad no solo en el infinito cosmos del entretenimiento, donde la cúspide se centra en

moldear los comportamientos y los pensamientos al estilo de las figuras públicas, sino también en la abundante posesión de bienes materiales.

## **2.2 La individualización del hombre dentro del mundo social**

Las grandes transformaciones que siguen acompañando la mediatización, la industrialización y el desarrollo tecnológico, han venido modificando no solo las características físicas del planeta y el pensamiento del hombre, con relación a su forma de habitar en la tierra, sino que además han hecho que la sociedad en general individualice tanto sus comportamientos como sus sentimientos, observe al “otro” como un extraño o como un extranjero que representa potencial existencia de peligro ante el orden establecido por las grandes élites burocráticas. “En nuestros tiempos modernos, en los que Dios se ha tomado una larga licencia, la tarea de planificar y hacer cumplir el orden ha recaído sobre los seres humanos” (Bauman Z. , 2004, p. 61). Es así como, ser “individuo” dentro de un mundo social, conlleva una multiplicidad de sentidos y retos a cumplir dentro de una estructura organizada y predispuesta a la competitividad por alcanzar las metas establecidas por la demanda actual.

Por consiguiente, el sentido de ser “individuo” dentro de la sociedad contemporánea se presenta como una cualidad relevante, en un mundo repleto de seres similares, donde la originalidad o el ser auténtico dentro de un mercado, provee múltiples posibilidades de combinar productos para consumir desafortunadamente y así lograr una meta, un triunfo temporal al lado de competidores igual de ávidos de productos de consumo, que luego de conquistada es abandonada, desechada y cambiada por otra, que genere placer inmediato.

En una sociedad moderna líquida, la industria de eliminación de residuos pasa a ocupar los puestos de mando de la economía de la vida líquida. La supervivencia de dicha sociedad y el bienestar de sus miembros dependen de la rapidez con la que los productos quedan relegados a meros desperdicios. (Bauman Z. , 2005, p. 6)

Ahora bien, uno de los supuestos beneficios de la “individualidad” dentro de una sociedad Moderna, es la promesa de “libertad”. Sin embargo, dicha libertad está condicionada al sistema de producción y consumo desenfrenado, el cual conlleva a una constante agitación, inestabilidad e incertidumbre que consume y angustia al hombre deseoso por tener el control de su propia felicidad. “La fluidez y la elegancia van unidas a la libertad (para moverse, para elegir, para dejar de ser lo que uno es y para convertirse en lo que uno no es todavía)” (Bauman Z. , 2005). En otras palabras, ser un “*individuo libre*” se convierte es un privilegio que dictaminan las élites económicas, pues en función de monetizar sus ofertas comerciales, forjan en el hombre pensamientos de consumo y materialismo indispensables para su supervivencia.

En este orden de ideas, ser “libre” como supuesto beneficio en la sociedad, se convierte en una generalidad impuesta tanto por las grandes multinacionales como por los gobiernos que dominan la economía global, pues el trasfondo mercantil del consumo se enfoca no solo en el poder adquisitivo que tenga el hombre, sino también en la manipulación mediática de su pensamiento crítico y propositivo, al acuñar en el sujeto la idea de que entre más este a la vanguardia, más visible se hace dentro de la comunidad en la que se encuentra inmerso. No obstante, esta idea de libertad genera cierto tipo de contradicción, pues ser único dentro de una multitud se convierte en una regla universalizada que solo puede ser asumida desde la lógica del mercado.

Paradójicamente, la «individualidad» está relacionada con el «espíritu de la masa» ya que se trata de una exigencia cuya observancia está vigilada por el colectivo. Ser un individuo significa ser como todos los demás del grupo (en realidad, idéntico a todos los demás). (Bauman Z. , 2005, p. 20)

De tal manera que, el bombardeo mediático de la Modernidad capitalista y globalizada impone al hombre una meta de autenticidad con el fin de que éste aspire a ser un individuo

dentro de las masas y las condiciones que establece el mercado, forjando en él una necesidad constante por conseguir los bienes materiales que ofrecen las industrias, estableciendo parámetros de competencia incesante entre los “individuos”, moldeando cualidades que se convierten en disciplinas ligadas al cambio persistente de productos de consumo, para no ser igual “al otro”, desarrollando un principio de vida en el que los obstáculos a vencer sobrepasan las fronteras éticas y morales del humanismo. Giroux citada por Bauman

Los problemas que tienen las personas adultas con la lógica de un sistema supuestamente puro de mercado, en realidad, ensalza la libertad humana sólo en apariencia, al tiempo que socava los vínculos de la vida y las obligaciones sociales. (Bauman Z. , 2005, p. 112)

En síntesis, la individualización del hombre moderno dentro de la sociedad implica seguir un horizonte guiado por la vida que propone el sistema industrializado, mercantilizado y tecnificado en el que se encuentra el mundo actual. No obstante, “la sociedad de individuos no sólo proporciona a sus miembros el reto de la individualidad, sino también el medio para vivir con esa imposibilidad” (Bauman Z. , 2005). En ese sentido, ser un hombre contemporáneo implica una contradicción entre las condiciones tangibles de la realidad y la demanda de la sociedad, pues actualmente ser un individuo inmerso en un mundo transversalizado por el espectáculo de consumo, conlleva a estar bajo el dominio de poderosos grupos económicos que influyen directamente en la psiquis de todo hombre con el objetivo no solo de forjar ideas de dependencia ante sus artículos, sino de crear un imaginario en relación a que la meta de todo hombre inmerso en la sociedad Líquida, está en consumir la mayor cantidad de productos en el menor tiempo posible.

Ser un individuo en la sociedad de individuos cuesta dinero, mucho dinero: la carrera por la individualización tiene el acceso restringido y polariza a aquellas personas

que cuentan con las credenciales necesarias para entrar en ella de las que no. (Bauman Z. , 2005, p. 29)

En otras palabras, ser individuo en la contemporaneidad requiere de grandes esfuerzos monetarios para pasar de un producto de consumo a otro “de mejor calidad”, desconociendo el bienestar personal, el arraigo por la tierra y los vínculos afectivos con el entorno social inmediato de cada hombre, pues hoy en día se piensa primero en cambiar de celular que en invertir en una buena formación académica. Así pues, la individualidad del hombre dentro de una sociedad de muchos individuos hace que cada sujeto desarrolle cualidades que en un principio presentan obstáculos a vencer o realidades a transformar en pro de las necesidades momentáneas y volátiles que crean las élites hacedoras de poder, diseñadoras de identidad y propietarias de los medios, los capitales, los parlamentos y los sistemas de exclusión.

La sociedad moderna existe por su incesante acción "individualizadora", así como la acción de los individuos consiste en reformar y renegociar diariamente la red de lazos mutuos que llamamos "sociedad". Ninguno de los dos socios dura mucho tiempo. Y por lo tanto el significado de "individualización" sigue cambiando, tomando siempre nuevas formas. (Bauman Z. , 2004, p. 36)

Igualmente, la lógica del mercado de la vida Líquida y sus formas de dominación del pensamiento son camaleónicas para ejercer influencia y presión en el hombre contemporáneo, pues se puede vivir cierto tiempo bajo la ilusión que los medios ponen ante el público y aspirar genuinamente a conseguirlo antes que su ciclo termine, de no ser así, las mismas dinámicas de consumo y quienes están detrás de ellas, comienzan a influir indirectamente en el sujeto, despertando en él sentimientos de vergüenza, precariedad, incertidumbre, terror colectivo, descalificación y hasta exclusión temporal. En efecto, las contradicciones que proponen las élites capitalistas, al pretender que el principio de individualidad se cumpla en la sociedad de

consumo, somete a quien no logra la velocidad suficiente para influenciar en la sociedad líquida, volátil y soluble, en la que se encuentra inmerso.

En síntesis, la individualidad dentro de la vida líquida contemporánea es un privilegio de quien tiene la capacidad adquisitiva para conseguir lo que ofrecen las clases dominantes, es la búsqueda de la felicidad, en su total plenitud, en los bienes materiales más actualizados que se encuentren en el mercado, pero sobre todo es la competitividad que surge entre los individuos que dan forma a la sociedad, en pro de prácticas estratégicas que permitan siempre “tener más que los demás”. Así mismo, la individualidad como estratagema de control por parte de las elites, encausa las energías de millones de personas al intercambio de valores por productos tecnológicos y demás ofertas mercantiles, a través de estrategias que atraen y seducen, con el objetivo de arrastrar a las masas al mundo de la compra y de la venta, estableciendo la necesidad de consumo como ideal universal.

### **2.3 Del consumo al consumismo del hombre contemporáneo.**

Como ya se ha venido enunciando, las marcadas transformaciones sociales que se están presentando desde el siglo XX, han reorganizado a la sociedad en función de la riqueza material, de la explotación de la tierra y el lucro particular de un grupo poblacional, paralelo a estas dinámicas, han formado en el hombre de a pie su forma de ser y estar en el mundo, inculcando en él un pensamiento de “riqueza individual” basada en una método de consumo, que tiene poca vida útil y que es fácil de desechar.

A través de la historia humana, las actividades de consumo o relacionadas con él (producción, almacenamiento, distribución y eliminación de los objetos de consumo) han proporcionado un flujo constante de esa "materia prima" que ha modelado (...) la infinidad de formas de vicio que tienen las relaciones humanas y sus patrones de funcionamiento (Bauman Z. , 2007, p. 44).

Bajo esta lógica, las grandes élites productoras y reproductoras de bienes de consumo han creado métodos de “seducción” y “encantamiento” a través de un bombardeo desmedido de publicidad que llega a millones de receptores, traspasando las fronteras geográficas e incidiendo en las aspiraciones de consumo, ya que gracias a la evolución de las tecnológicas de la información y la comunicación, donde la conectividad, la internet, la prensa, la radio y la televisión, hacen apología de un estilo de vida en el cual la publicidad mueve enormes cantidades de dinero y está pensada para manipular la mente de las personas, entorno a que la felicidad es asunto de tener y no de ser, brindando generosamente oportunidades de triunfo y ofreciendo el camino a la plenitud humana.

En otras palabras, la verdadera estrategia de estos medios masivos no es más que solidificar y fortalecer estrategias de convencimiento para establecer en las subjetividades de los hombres inmersos en una sociedad, un sistema de mercado y consumo, donde no existe razón alguna para no poder llegar a disfrutar de los beneficios del flujo económico, prometiendo encontrar en los bienes materiales no solo una posición estática más a la vanguardia, sino también acuñando la idea de que el éxito de la vida en sociedad está en las dinámicas que ofrecen los negocios y el mundo de compra y venta. Colin Campbell citado por Bauman (2007) argumenta que

Cuando el consumo, se torna "particularmente importante por no decir central" en la vida de la mayoría de las personas, "el propósito mismo de la existencia", un momento en que "nuestra capacidad de querer, de desear, y de anhelar, y en especial nuestra capacidad de experimentar esas emociones repetidamente, es el fundamento de toda la economía" de las relaciones humanas. (p.44)

De tal manera que, ahora con las múltiples y masivas formas de difusión planetaria, se emplea la “seducción” de pensamientos y sentimientos con el objetivo de sumergir a las

personas en el sistema monetario de intercambio, sin embargo, dicha vinculación al mundo consumidor hace que emerjan en el hombre sensaciones ininterrumpidas de exaltación, deseos y exacerbación en el ideal de libertad por la carrera infinita hacia la supuesta satisfacción de las metas a alcanzar. En otras palabras, el hombre se adapta a las condiciones cambiantes del mercado, no desde la satisfacción de lo que desea, sino desde el deseo que promete un lugar de privilegio en la sociedad del consumo. “Los caminos para llegar a la propia identidad, a ocupar un lugar en la sociedad humana y vivir una vida que se reconozca como significativa exigen visitas diarias al mercado” (Bauman Z. , 2005, p. 48). Estar enterado de las tendencias que reemplazan otras tendencias, la evolución de los artefactos tecnológicos y del ciclo efímero que tienen los bienes materiales, que mes a mes y semana tras semana van mutando.

Por otra parte, en la sociedad de consumo contemporánea, no solo se vende la idea de libertad, éxito, autenticidad, identidad, entre otras, sino que también se oferta la idea de comunidad, de posibilidades económicas amplias que inciden en la manera de relacionarse con los demás, un contrapuesto de armonía y de cohesión que se infiltra en el inconsciente de los hombres, para hacer que éste piense, elija y actúe, ya no de acuerdo con su propia naturaleza, si no en función del deseo social, que prefiere sujetos consumidores y no personas críticas, reflexivas y propositivas. “El papel preponderante que ocupa el consumo entre los factores que determinan el estilo y el sabor de la vida social y su rol como canonizador (uno de ellos, si no el principal) de los patrones de relaciones interhumanas” (Bauman Z. , 2007, p. 44). En otras palabras, el hombre contemporáneo confunde el ser con el tener y el concepto de consumo se constituye en una acumulación de objetos y servicios de marcas, no necesarias para la supervivencia.

Ahora bien, bajo la lógica de consumo en la que se encuentra inmerso el hombre, se hace preponderante y constantemente necesario, por parte de la elite globalizadora, la



actualización de sus formas de control tecnológicos y sus dispositivos de gobierno económicos, políticos, religiosos, etc., para lograr articular dentro del diario vivir, la devoradora y planetaria esfera del mercado, no solo con la desintegración del trabajo colectivo, sino también con la atomización del individuo, así de esta manera no perder o debilitar el dominio adquirido sobre la sociedad y de la misma manera evitar que en los hombres surjan pensamientos diferentes, que puedan llegar a hacer perder la “estabilidad” adquirida, gracias a los esquemas estipulados por los dueños del poder. Por tanto, el mundo contemporáneo sumerge al hombre en un tipo de “acuerdo” social, invisible e intangible, pero que convierte su propia esencia en una fuerza de impulso y de operación en pro de la estabilidad de los intereses particulares de las élites dominantes.

A diferencia del consumo, que es fundamentalmente un rasgo y una ocupación del individuo humano. El consumismo es un atributo de la sociedad. Para que una sociedad sea merecedora de ese atributo, la capacidad esencialmente, de querer, desear y anhelar debe ser separada ("alienada") de los individuos (...) y debe ser reciclada/redificada como fuerza externa capaz de poner en movimiento a la “sociedad de consumidores” y mantener su rumbo en tanto forma específica de la comunidad humana. Estableciendo al mismo tiempo los parámetros específicos de estrategia de vida específica y así manipular de otra manera las probabilidades de elecciones y conductas individuales. (Bauman Z. , 2007, p. 47)

En ese sentido, el capitalismo, la globalización y la industrialización han hecho que el hombre desde su nacimiento no sea solo un sujeto consumidor de bienes materiales, sino que además sea consumido por un mundo de producción sintética, volátil, poco tangible y de constante cambio, en las que sus instituciones socializadoras (familia, escuela, comunidad, etc.) están permeadas y altamente dominadas por la mecanización contemporánea, evidenciando la

disyunción que se presenta entre las funciones y la realidad en las dinámicas que surgen dentro de ellas. Ahora bien, una de las primeras instituciones socializadoras, por no decir la más importante, es la familia, la cual se muestra como la célula principal de la sociedad, donde surgen y se cimientan los valores éticos y los principios morales de todo hombre, es allí donde se trasmite el sentido de responsabilidad y obligación, pero sobre todo se crean vínculos afectivos con las personas que componen este núcleo.

Sin embargo, la Modernidad Líquida en la que se encuentra la sociedad contemporánea, ha hecho que la familia sea el punto donde nacen los primeros hábitos, habilidades, conocimientos y actitudes, es allí donde se aprende a consumir y se continúa reforzando “la idea del hombre como consumidor del mercado” durante muchos años. Puesto que, los adultos como producto de una cultura consumista reproducen y fomentan en el seno de su hogar, comportamientos en los que el amor queda plasmado a través de premios o castigos con objetos materiales, donde el niño exige todo lo que la publicidad ofrece como artículos necesarios para su felicidad y donde los padres creen que para que sus hijos sean felices, necesitan comprarles dichos objetos.

Los lazos familiares (...) se ven aún más debilitados y desgastados por la subversión de la autoridad y de la estructura de mando provocada por el hecho de que los niños hayan asumido la aureola de expertos compradores y el derecho a tomar decisiones de consumo (y no olvidemos que comprar es una actividad que interviene en prácticamente todos los aspectos de la familia y de la vida de los miembros individuales de esta). (Bauman Z. , 2007, p. 120)

De esta manera, la convicción que se genera en la familia, con relación a que la felicidad de sus hijos es proporcional al consumo que pueden proveerles, hace del sujeto niño no solo el foco a conquistar por parte de los medios de producción y comunicación masiva, sino también

el principal ser de sometimiento a las dinámicas de consumo. Es así como, el ser humano desde su nacimiento comienza su camino por la vida dentro de una sociedad líquida, que no solo se enfoca en el discurso de consumo material, sino que también establece parámetros, normas y leyes que ayudan a obtener sensaciones de libertad y felicidad basadas en las lógicas ya establecidas por el mundo capitalista.

En la misma línea de la familia como ente socializador y moldeador de comportamientos, se encuentra la escuela, quien en “teoría” se supone es la encargada de hacer la transición entre la familia y la sociedad, la trasmisora de conocimientos y la moldeadora de pensamientos críticos y propositivos. No obstante, dentro del modelo de organización social que establece el consumismo, la escuela y la educación tienen la función exclusiva de desarrollar en el hombre ciertas habilidades y competencias necesarias para la producción de consumo y al mismo tiempo del consumidor activo.

El propósito esencial de las escuelas y las universidades es el de hacer aumentar el crecimiento económico y ayudarnos a competir con nuestros socios (...) la historia antigua, la música, la filosofía y otras cosas por el estilo que se reclaman contribuidoras a la mejora del desarrollo personal más que de la ventaja comercial y política, difícilmente pueden sumar nada a las cifras de crecimiento y a los índices de competitividad. En un mundo de corte empresarial y práctico como este. (Bauman Z. , 2005, p. 31)

De tal manera que, para los poderes económicos que dominan la sociedad en función del consumo, la educación solo tiene importancia cuando ésta tiene la capacidad de fomentar en el sujeto atributos relacionados con la producción, la mercantilización, la economía y la eficiencia, contribuyendo a aumentar la productividad de los hombres ya productivos, bajo una perspectiva de “*hombre de negocios*”, desarrollando cualidades requeridas para la

competitividad en un mercado de trabajo, dejando atrás la construcción de conocimiento y la evolución del pensamiento crítico y reflexivo. “La educación es, antes que nada, una puerta de entrada a un puesto de trabajo y cuanto más amplia sea y más llamativos resulten los premios que se vislumbran al final de tan largo esfuerzo, mejor”. (Bauman Z. , 2005, p. 32). Es así como la educación también es pensada y diseñada como una “inversión” del capitalismo, como una institución prestadora de servicios productivos en pro de sumergir al hombre en el sistema de consumo - producción – consumo, respondiendo a los parámetros que instaura la Modernidad.

#### **2.4 El trabajo como eje del consumismo del hombre de consumo**

Con la transformación que ha sufrido el hombre y sus ámbitos sociales debido a la Modernidad Líquida, el concepto de trabajo también se ha reconfigurado en función de la globalización y los ejes de poder que dominan el mundo. Atrás quedó la idea premoderna, donde los hombres eran dueños de sus tierras y hacían una función artesanal en pro de suplir sus necesidades primordiales de subsistencia, pasó de ser un puente entre el hombre y la sociedad, que se articulaba con la disciplina y la vocación, generando una sensación de libertad enfocada al propósito de forjar un “progreso colectivo” para convertirse en una actividad meramente mecánica. Pues la llegada de la globalización y del capitalismo, que trajo consigo la tecnificación de la producción, no solo logró intervenir directamente la tierra, abarcando cada lugar de la economía en pro de su ganancia individual, sino que, además creó una fase transitoria en la que las maquinarias suplantaron la labor campesina, forjando un desplazamiento y un cambio de pensamiento en el hombre, dedicado al campo, hacia otros ámbitos de la económica para lograr una supervivencia habitual.

El "trabajo" así entendido fue la actividad a la que estuvo abocado el conjunto de la humanidad mientras construía su historia, más por su naturaleza y destino, que por su propia elección. Y el "trabajo" así definido fue el esfuerzo colectivo en el que

cada uno de los miembros de la humanidad debió tomar parte (Bauman Z. , 2004, p. 146).

En otras palabras, la serie de acontecimientos y el cambio de pensamiento por los que ha atravesado la humanidad han hecho que en la Modernidad Líquida, las organizaciones industriales, los Estados de poder y los entes globalizadores, produzcan, fomenten y vendan, no solo la idea de transformar la naturaleza y sino el conjunto de la sociedad en sí mismo, para su propio beneficio, a través de una lógica de imposición implícita en la que la producción se ha convertido en un modo de vida con sus propias condiciones independientes, donde el hombre deja de ser un artesano para convertirse en una pieza más “*mano de obra*” de todo el proceso productivo y en el que se hace necesario por parte de los sistemas políticos, económicos y capitalistas, vincular a los seres humanos en sus sistemas de dominación y control.

Desde que hizo irrupción en la conciencia europea durante las primeras épocas de la industrialización -y a través de los numerosos y tortuosos avatares de la modernidad y la "modernización"-, la ética del trabajo sirvió a políticos, filósofos y predicadores para desterrar por las buenas o por las malas (o como excusa para hacerlo) el difundido hábito que vieron como principal obstáculo para el nuevo y espléndido mundo que intentaban construir (Bauman Z. , 1998, p. 18)

En ese orden de ideas, los sistemas de producción impuestos por los entes globalizadores, desde las exigencias morales y educativas, en la mayoría de fases de la sociedad, han diseñado un condicionamiento en las prácticas de los hombres contemporáneos, para acabar con la tradición, generando una cruzada cultural, “un proceso civilizador”, desde todos los niveles de difusión política, economía, religiosa, de moralidad intersubjetiva e incluso desde las visiones instrumentales de la filosofía, con el objetivo de utilizar el trabajo manual

como materia prima humana en condiciones de ser procesada para recibir de forma correcta instrucciones a ejecutar.

Ahora bien, los nuevos principios de la era modernista que convirtieron al hombre en un “*obrero*” en función del mercado y del consumo, también han hecho que de sus pensamientos se borre completamente la orientación crítica y propositiva en torno al cuidado de la naturaleza, del bienestar tanto colectivo como comunitario y del compromiso por el bienestar de sí mismo y del otro, enfocándose en generar disciplinas de “obediencia” a las lógicas, los mecanismos y las dinámicas del mundo capitalista. De modo que, el trabajo se reduce a la mera actividad de repetir permanentemente una labor enfocada a un producto tangible, una mecanización de los procesos diarios, donde la razón de realizar una acción en pro del consumo y del capital es considerada como el camino hacia “el progreso” no solo individual sino colectivo. “El obrero debía trabajar con todas sus fuerzas, día tras día y hora tras hora, aunque no viera el motivo de su esfuerzo o fuera incapaz de vislumbrar el sentido último” (Bauman Z. , 1998, p. 20). Y donde se vive en función de complacer el sistema de producción.

En este sentido, el hombre contemporáneo se ha vuelto una pieza indispensable de la Modernidad Líquida y su trabajo es la base que enriquece a las grandes industrias, gobiernos, Estados y entes retenedoras del poder, quienes regulan el orden social dando roles específicos incluso desde el núcleo familiar, pues es el “hombre de la casa” quien debe proveer, ser el jefe, el capataz y el vigilante que establece, estipula y direcciona todas las actividades que realizan los demás miembros de su hogar, es la mujer quien no solo debe ser la columna vertebral, la cuidadora y protectora de los “bienes materiales e inmateriales” adquiridos, sino también el complemento económico de su pareja, para producir ganancia económica que supla las necesidades de consumo y los hijos, aquellos sujetos receptores y consumidores de las

necesidades del mercado, a quienes hay que satisfacer para que sean formados socialmente de acuerdo con las consignas que se han interiorizado gracias a la mecanización del pensamiento.

En otras palabras, dentro de la sociedad en la que nos encontramos actualmente, el mundo industrializado asigna un valor específico al hombre contemporáneo de acuerdo con la aptitud para producir bienes de consumo y la capacidad monetaria para adquirirlos. “Clasificar a hombres y mujeres de acuerdo con el supuesto valor del aporte de su trabajo a la labor de toda la especie y atribuir al trabajo una función primordial entre las actividades humanas” (Bauman Z. , 2004, p. 146). De modo que se genera en el sujeto un desprendimiento significativo frente a los vínculos emocionales e intrapersonales que suscitan una satisfacción por el deber cumplido.

Si se quiere conseguir lo necesario para vivir y ser feliz, hay que hacer algo que los demás consideren valioso y digno de un pago. Nada es gratis, se trata de un quid pro quo, de un “doy algo para que me des”; es preciso dar primero para recibir después. (Bauman Z. , 1998, p. 17)

Por consiguiente, el pensamiento racional del hombre actual se enfoca en crear organizadamente dinámicas, hábitos y rutinas de producción, con el objeto de adaptarse, construir y satisfacer las necesidades que impone el mundo globalizado, bajo la creencia de que al recibir “gran remuneración económica” por su labor, creará unas mejores condiciones de vida que contribuirán a su progreso individual y en ese sentido aportará significativamente al avance del mundo como sociedad, lo que conlleva a que el concepto de “progreso” se enfoque en grandes esfuerzos individuales relacionados con el tiempo y la fuerza que el hombre imprime para en su labor como “trabajador”, cambiando el ámbito humanista, afectivo y social por dinero, lujos y productos de caducidad casi inmediata. Es decir que, el trabajo se convirtió

en un modo de adaptación a los sistemas impuestos por las grandes empresas, una especie de performance en el cual, entre más tiempo se dedique a trabajar y se de eficiencia en los modos de producir y consumir, más visible e importante será para la Moderna Líquida.

El progreso ya no es una medida temporal, algo provisorio, que conduciría finalmente (y en breve) a un estado de perfección (o sea, a un estado de situación en el que todo lo que debía hacerse ya ha sido hecho y ningún otro cambio es necesario), sino un desafío y una necesidad perpetua y quizás interminables, verdadero significado de "sentirse vivo y bien" (Bauman Z. , 2004, p. 144).

Del mismo modo, el acelerado ritmo de producción y consumo que se han creado desde los medios de masiva comunicación e información, hacen que la vida líquida imponga un ritmo casi inalcanzable de velocidad en la movilidad de recursos, capitales, mentalidades y de adquisición de conocimientos, haciendo que surja en el hombre mayor esfuerzo para el redireccionamiento de sus comportamientos y nuevas adaptaciones a un sinnúmero de factores de los mercados, de la moda y hasta de la personalidad, donde solo existe el afán de llegar lo más rápido que se pueda a la satisfacción del deseo que se les ha vendido a través de la propaganda, provocando que el sujeto vuelque todas sus energías para alimentar con su tiempo y su trabajo, el sistema de producción y consumo.

Del universo de la construcción del orden y del control del futuro, el trabajo se ha desplazado al ámbito del juego; el acto de trabajar se parece más a la estrategia de un jugador que se plantea modestos objetivos a corto plazo sin un alcance que vaya más allá de las próximas dos o tres jugadas. Lo que cuenta son los efectos inmediatos de cada jugada y los efectos deben ser aptos para su consumo también inmediato (Bauman Z. , 2004, p. 148).



En otras palabras, la concepción de trabajo en la vida contemporánea está irremediablemente amarrada “como un cordón umbilical” a la noción de consumo, obedece mecánica y automáticamente a infinitas formas de comportamiento, donde el carácter social está establecido y regulado por el orden capitalista, industrializado y tecnificado, lo cual desemboca en un estalo de vida que a su vez fragmenta en el hombre pensamientos y sentimientos relacionados con la ética, la moral e incluso con la religión, pues en la sociedad actual dominan las dinámicas de tiempo en función de crear sujetos obedientes al sistema de mercado, donde se hace indispensable producir, vender y consumir al mismo tiempo, transformando la vida del sujeto en un estado de permanente competitividad, con el único propósito de regular el orden social. “la nueva naturaleza del trabajo, divorciado del grandioso diseño de la misión común y universal de la humanidad y del no menos grandioso diseño de la vocación de vida” (Bauman Z. , 2004, p. 149). Ha hecho que el ambiente en el cual se desenvuelve el sujeto, el trabajo sea el mediador que instruye en los hábitos esenciales de la obediencia a las normas y en una conducta disciplinada para formar “carácter social” y así perpetuar una sociedad ordenada.

Entre las muchas razones en virtud de las cuales el trabajo ha sido elevado a la categoría de máximo valor de los tiempos modernos, su extraordinaria habilidad, casi mágica, para dar forma a lo informe y duración a lo efímero se destaca como la más prominente. (...) pero en cada uno de los méritos que se le asignan subyace su contribución a la construcción de ese orden, al gesto histórico de poner a la especie humana a cargo de su propio destino (Bauman Z. , 2004, p. 146).

En síntesis, la Moderna Líquida ha forjado nuevas reglas de convivencia en el hombre inmerso en la lógica del consumo, pues el trabajo se ha convertido en el eje articulador del sujeto contemporáneo con la sociedad consumista y de consumo. “Se elogiaba el trabajo duro

como una experiencia enriquecedora: una elevación del espíritu que solo puede alcanzarse a través del servicio incondicional al bien común” (Bauman Z. , 1998, p. 148). Donde se exige al hombre mayor esfuerzo físico y cognitivo para producir “riqueza material” en pro del avance y progreso monetario de los gobiernos, las industrias y todos aquellos entes que establecen coordinan y direccionan los principios del mercado, bajo la creencia de que entre más se trabaje, se produzca y se obtenga una remuneración económica, mejor calidad de vida tendrá y mayor será el aporte social.

No obstante, en la actualidad la vida laboral del hombre consumido por una sociedad de consumo y atraído por la multiplicación y la rápida proliferación del mercado través de bienes, servicios, productos, etc., Cumple con principal función de fragmentar el pensamiento humano y de intermediar entre el deber y el deseo del hombre, con relación al papel que éste ha de desempeñar dentro del mundo social en el que se encuentra inmerso, pues la rápida velocidad con la que ha evolucionado las tecnologías digitales, han hecho que en el hombre surjan diferentes dicotomías entre cualquier manifestación opuesta que incline a otras formas de vida y las reglas estipuladas por la Modernidad Líquida, que ofrece plenitud y felicidad momentánea.

### III. CONCLUSIONES Y REFLEXIONES

El ejercicio filosófico y reflexivo que se desarrolló en el presente trabajo, con relación a la situación actual de la sociedad, sus problemáticas y sobre todo a cómo se concibe la vida del hombre contemporáneo en la sociedad Moderna Líquida, posibilitan hacer un conjunto de reflexiones a modo de conclusiones.

En primer lugar, la Modernidad Líquida de la sociedad contemporánea ha sumergido al hombre en sus dinámicas y lógicas de consumo, al punto que este las defiende a capa y espada, aun cuando los resultados muestran catastróficas consecuencias a nivel ambiental, ecológico y especialmente de conciencia humana en relación con el cuidado de la tierra. Pues se hace más importante producir para consumir que luchar o al menos intentar generar conciencia colectiva en pro de discernir y reevaluar el actuar de los hombres desde una postura más humana, intentando dejar de lado la tremenda influencia del mercado sobre la forma de vivir. Sin embargo, quien intente suscitar este tipo de pensamientos y reflexiones corre el riesgo de ser excluido mecánicamente por la comunidad intersubjetiva dentro de la sociedad, de manera contundente.

De la misma manera y debido al constante cambio en las dinámicas sociales influenciadas por parte del modelo industrial, económico y político de los entes reguladores del poder, se ha instalado en el mundo de manera casi irremediable una lógica específica forjada y moldeada bajo el influjo de principios y valores construidos en torno al mercado de consumo, donde prevalece un estado de individualidad competitiva, que rompe con cualquier tipo de vínculos humanos o relaciones que susciten un actuar diferente al ya previamente establecido. La sociedad Moderna Líquida ha conducido a cada individuo a plantear y proyectar su vida desde el consumo, bajo la falsa creencia de *“vales por lo que tienes”* o por *“la capacidad que tienes por consumir”*, sometiendo al hombre a un consumo extremo del mercado

industrializado y al mismo tiempo reduciéndolo a un simple objeto productor que sostiene y mantiene las dinámicas del mundo mercantilizado e industrializado.

Igualmente, la lógica del consumo impulsada desde el cumplimiento de políticas implícita y explícitamente globalizadas lleva a la sociedad a un punto de dependencia total frente al mercado masivo y el consumo excesivo de elementos u objetos materiales, que acaban su productividad de manera temprana, pero que ofrecen garantías para alcanzar una vida de satisfacción, plenitud y felicidad momentánea frente al tan anhelado deseo de poseer un bien material que este en auge. Al mismo tiempo, las grandes multinacionales y empresas manejan el pensamiento de las personas a través de publicidades que terminan por introducir a los sujetos aún más en el consumo extremo, donde prevalecen los intereses individuales sobre los colectivos, dando lugar a una constante y continúa competencia entre los integrantes de la sociedad.

Es así como, el resultado fehaciente de los cambios constantes del mundo, gracias a la industrialización, la mercantilización y la producción, han hecho incidencia en la estructura del comportamiento de los hombres dentro la sociedad contemporánea, pues se observa como el mercado ha asumido la responsabilidad total como conductor del pensamiento, separando al hombre de la verdadera razón de vivir y llevándolo por el camino del arquetipo económico, donde el hombre en si mismo tiene fecha de caducidad. En otras palabras, el hombre contemporáneo inmerso en la Modernidad Líquida ha sido coaccionado por el movimiento del mercado de consumo, limitando y coartando la manera de decidir sobre el rumbo de la vida, pues solo a través del consumo se debe alcanzar un mínimo bienestar, un poco satisfacción y un efímero progreso, bajo un círculo vicioso que se sitúa cíclicamente en deseo - satisfacción - deseo.

De tal forma que, la vida Líquida que ha reducido a los sujetos a simples y valiosos objetos, donde toda acción que permita mostrar el lado humano es rechazada por completo, pues no solo busca el beneficio propio y una gran velocidad por satisfacerlo momentáneamente, desplegando la idea de globalización como un logro y un avance económico fruto de la especialización y de la inteligencia económica del ser humano, sino que además el no conseguirlo rápidamente, genera en el hombre un fenómeno de incertidumbre, angustia y frustración por no alcanzar una meta material, debido a la carencia de medios inmediatos para satisfacer las nuevas necesidades que van y vienen a conveniencia del sistema económico.

Lo anterior conlleva a decir que, la sociedad se convirtió en un escenario de constante cambio, donde los diferentes vínculos humanos y sociales (laborales, familiares, sentimentales, educativos) están inmersos en círculo de la globalización y deben cumplir con los parámetros impuestos por la mercantilización, al punto que puedan llegar a ser cambiados o fácilmente desechados de manera inmediata. En esa atmósfera contradictorio entre los valores de la familia y su reciprocidad de colaboración, el hombre se ha convertido en una simple marioneta que no establece vínculos humanos duraderos, ya no se piensa una vida estable y duradera, sino que, por el contrario, se habita dentro de una sociedad que atraviesa una situación hostil de constante cambio, pues por cualquier lado el sistema consumista obliga al hombre a abrirse espacios para no perder vigencia y así poder lograr formas para satisfacer los deseos de manera momentánea.

Esto indica que, el hombre contemporáneo está expuesto constantemente a una fragilidad e inestabilidad emocional que manifiesta a través de su comportamiento, ante la carencia y la imposibilidad en las condiciones para poder saber y así decidir cómo vivir la vida, forjando un pensamiento contrario a la solidaridad, a través del cual prevalece el egoísmo, la individualidad y el deseo de ser mejor que los demás a costa de cualquier precio, dando prioridad al interés particular con tal de obtener reconocimiento en la Modernidad Líquida.

En síntesis, es claro que en la Modernidad Líquida la vida del hombre contemporáneo no es más que el resultado de un proceso de años, en donde todo tipo de ambiente o ámbito social se ha visto atravesado por la errónea idea del llamado “progreso”, pues los profundos intereses políticos y económicos que tienen las potencias mundiales, utilizan la relevancia comunicativa y el avasallador alcance de medios digitales para hipnotizar al hombre y generarle la necesidad del bien material dentro de su día a día, vendiendo la idea de que en el consumo esta la clave de la felicidad y que para obtenerla debe ser consumido por las dinámicas mercantiles e industrializadas (que dan múltiples opciones, posibilidades y beneficios para conseguir la meta deseada), dejando de lado toda la parte humanista y cambiándola por beneficios “remuneraciones económicas” a través del arduo y esclavizante trabajo que la misma globalización le ofrece.

Así mismo, la idea de Modernidad Líquida no es más que la representación del capitalismo en su máximo esplendor y agresividad frente a la sociedad, pues el desarrollo tecnológico impulsado, por el afán de lucro y del poder a nivel mundial, conduce a la sociedad a un presente convulsionado donde prevalece no solo el valor que los elementos materiales y la posición económica que otorga el mercado, sino que también cobra mayor importancia el individualismo, el egoísmo y el interés comercial particular sobre el colectivo.

## BIBLIOGRAFÍA

Bauman, Z. (1998). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Buckingham: Gedisa.

Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2005). *Vida Líquida*. Madrid: PAIDOS IBERICA.

Bauman, Z. (2007). *Vida de Consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Berman, M. (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Buenos Aires : Siglo Veintiuno.

Flamarique, L. (2010). La tesis del final de la modernidad y las tendencias de la filosofía contemporánea. *revista internazionale di filosofia*, 82.

### Webgrafía.

Estudios culturales, (2018/03/08) La experiencia de la Modernidad Marshall Berman, Recuperado de <https://estudioscultura.wordpress.com/2012/03/08/la-experiencia-de-la-modernidad-marshall-berman/> (08/03/2018)

Caliza Cultura Visual Contemporánea, (2014/05/06) Sobre la Modernidad: a propósito de “Todo lo sólido se desvanece en el aire”, de Marshall Berman, Recuperado de <https://caliza.hypotheses.org/21> (06/05/2014)

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal, (2011/02/15) Modernización y Moderismo. “Todo lo sólido se desvanece en el aire”, de Marshall Berman, Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199518706030> (15/04/2011)

Revista América latina en movimiento, (2017/01/17) Zygmunt Bauman: Modernidad líquida y fragilidad humana, Recuperado de

<http://www.latertuliadelagranja.org/sites/default/files/Bauman.pdf> (19/03/2008)

Revista Crítica de ciencias sociales y jurídicas, (2008/03/19) Zygmunt Bauman: Posmodernidad, vida líquida, amor líquido, Recuperado de

<https://www.alainet.org/es/articulo/182788> (11/01/2017)

Diario digital nueva tribuna, (2016/10/21) La vida líquida, amor líquido, Recuperado de

<https://www.nuevatribuna.es/articulo/sociedad/vidaliquida/20161021181230132969.html>

(21/10/2016)